

De Yalta a Sarajevo

Las posibilidades de la paz y las necesidades de la defensa

JAVIER
TUSELL

En un plazo de tiempo muy corto, en tan sólo los meses transcurridos desde 1989 a 1991, se ha producido en el mundo un cambio histórico decisivo que ha tenido su resultado directo sobre la situación geoestratégica mundial. La conciencia de este cambio ha llegado a hacerse presente en toda la superficie de la tierra, entre los pueblos ricos y los pobres, entre los dirigentes políticos y las masas; tan evidente es su realidad. Lo que resulta, en cambio, mucho menos evidente es el contenido de esa crisis del orden internacional. Una vez más parece necesario recurrir a la frase de Ortega acerca de lo que significa estar en esa situación: lo que nos pasa, en una crisis, es que no sabemos lo que nos pasa. La opinión pública mundial ha experimentado alternativos períodos de optimismo y pesimismo, ambos desmesurados, y el horizonte del futuro se presenta de una manera de la que, si sabemos que va a resultar muy distinta de la presente situación del mundo, no sabemos, en cambio, en qué consistirá no ya de una manera precisa, sino tampoco ni siquiera aproximada. Por un momento hemos vivido una ilusión milenarista: daba la sensación de que el mundo tenía ante sí la perspectiva de una difusión de la libertad y de una estabilidad de la paz como nunca en la Historia. Lo cierto es, sin embargo, que en un plazo reducido de tiem-

*«Por un momento hemos
vivido una ilusión
milenarista: daba la sensación
de que el mundo tenía ante sí
la perspectiva de una difusión
de la libertad y de una
estabilidad de la paz como
nunca en la Historia.»*



po hemos llegado a constatar que la libertad era mucho más complicada de conseguir y la paz menos segura de lo que pensábamos. Ahora tenemos ante los ojos la prueba de que inimaginables muestras de brutalidad pueden perpetrarse por seres humanos a tan sólo dos horas de trayecto por carretera desde Venecia.

El paralelismo con otras situaciones históricas hace pensar, en primer lugar, que nos encontramos en una de esas fases históricas en las que se ha producido la destrucción de un sistema de relaciones internacionales sin que haya sido sustituido por otro. Cuando hablamos del sistema de Yalta no solemos tener en cuenta que, desde esta reunión de los grandes hasta la definitiva consolidación de unas relaciones internacionales basada en ella, transcurrieron años que fueron, además, los más caóticos y los más peligrosos desde todos los puntos de vista porque parecía que las reglas a las que debía sujetarse el comportamiento de las potencias distaban mucho de ser claras. Algo parecido nos sucede en el momento presente y hay que renunciar a pensar que en un plazo muy corto de tiempo vaya a resultar posible disfrutar de un nuevo orden mundial. Lo lógico es pensar que vamos a tener durante años hasta más allá del año 2.000 una situación caracterizada por la inestabilidad. Es imaginable que perduren la cuestión balcánica, resucitada tras la disolución de Yugoslavia, una Rusia en crisis y dotada de mayor número de armas de lo que sería deseable y una difusión del fundamentalismo con su potencial explosivo sobre la vida de millones de seres humanos. La Humanidad no debiera pasar por esas alternativas de pesimismo y optimismo sino ser consciente de que el punto de partida es, de modo irremediable, el descrito de modo que tan sólo se puede intentar obtener de una situación como la descrita los resultados mejores posibles sin pretender que en un brevísimo espacio de tiempo se realice de forma completa el ideal de la paz y la libertad universales.

Para comprender las novedades que en la situación geoestratégica del mundo se han producido es preciso partir de la comprensión del sistema de Yalta. Nacido éste de un reparto de áreas geográficas surgido como consecuencia de la guerra mundial estuvo alimentado por la con-flictividad ideológica fundamental entre el comunismo y la democracia, representados respectivamente por la URSS y los Estados Unidos. Se trataba, por tanto, de un sistema bipolar, aunque el del Este naciera de la imposición y el occidental de la identidad profunda. En teoría el enfrentamiento era tan absoluto que hubiera podido llevar en cualquier momento a la guerra mundial. Sin embargo el arma atómica lo impidió porque su mera existencia aseguró la disuasión. La seguridad de que si se producía un choque frontal la propia Humanidad estaba en peligro hizo, como consecuencia, que se trasladara a la periferia el conflicto y que este, además, nunca concluyera con la apelación al arma nuclear aunque en un principio se le mencionó repetidamente como último recurso. Hubo, a lo sumo, "gesticulación nuclear": los peores momentos en las relaciones entre Este y Oeste eran

«Nos encontramos en una de esas fases históricas en las que se ha producido la destrucción de un sistema de relaciones internacionales sin que haya sido sustituido por otro.»



aquellos en que se trataba de desplegar una nueva arma o se citaba la posibilidad de utilizar las existentes. Los pacifistas de otros tiempos solieron condenar la mera existencia del arma nuclear a estas alturas la realidad histórica prueba que la bomba atómica permitió a Occidente desarrollarse económicamente al mismo tiempo que esperaba a que las contradicciones internas del comunismo lo eliminaran como alternativa. Eso, que fue lo previsto por Kennan en torno a 1947 y parecía imposible hasta 1989, ha sido mérito principal de la demonizada bomba atómica. No ha producido desde 1946 un solo muerto como consecuencia del arma nuclear (mientras que las llamadas "guerras convencionales" han supuesto unos 17 millones desde 1945) y, sin embargo, ha tenido este resultado tan positivo.

El primer cambio en importancia que se ha producido en la Historia de la Humanidad en 1989 es, quizá, la desaparición de la bipolaridad nuclear y no el triunfo de la democracia. En el momento actual se puede decir que vivimos en la que quizá pudiera ser denominada como la era posatómica: se dan dos fenómenos paralelos que están en directa contradicción con lo que ha sido habitual hasta el momento; es decir, esa bipolaridad atómica. En primer lugar, la realidad es que la disuasión nuclear ya no funciona en absoluto. Esa es la consecuencia de un proceso que ha venido dándose con el transcurso del tiempo en que, mientras que el debate sobre el desarme nuclear se hacía cada vez más complicado, la conciencia humana consideraba cada vez más incompatible con su sensibilidad la mera posibilidad de empleo del arma nuclear. Las disputas sobre aquella cuestión ahora nos parecen de pura escolástica decadente, como se prueba con la simple enunciación de algunos de los temas de debate: el "primer uso" de la bomba o la "opción cero". Pero al mismo tiempo que el debate sobre el desarme se hacía tan sofisticado la utilización de la bomba atómica se convertía en inverosímil. Durante la guerra de Corea Truman no excluyó la posibilidad de usar la bomba atómica; durante la del Golfo no sólo Bush lo hizo sino que el propio Sadam Hussein no llegó a emplear sus armas químicas. En un horizonte de relaciones internacionales en el que el holocausto nuclear de la Humanidad es ya inverosímil, el arma atómica resulta inútil como instrumento de garantía de la paz. Al mismo tiempo, sin embargo, en segundo lugar, es verosímil la multipolaridad nuclear en el sentido de que muchos países (una quincena, de los que más de la mitad pertenecen al Medio Oriente) pueden tener el arma nuclear como medio para resolver sus disputas locales, aunque nada tengan que hacer en una guerra frente a la única superpotencia que es Estados Unidos. El mundo desarrollado es, por tanto, posnuclear cuando parte del mundo semidesarrollado se está convirtiendo en prenuclear. Pero lo esencial sigue siendo lo mismo: el arma atómica no garantiza la paz porque no disuade y en los países intermedios puede ser un aliciente para presentar las reivindicaciones propias de manera impositiva y como chantaje. Es obvio, en segundo lugar, que la bipolaridad entre democracia y co-

«El arma atómica no garantiza la paz porque no disuade y en los países intermedios puede ser un aliciente para presentar las reivindicaciones propias de manera impositiva y como chantaje.»



munismo se ha resuelto con ventaja para la primera, pero eso no quiere decir de ninguna manera que la democracia haya triunfado. En realidad este tipo de planteamiento se ha dado por parte de algunos apresurados intérpretes intelectuales de los acontecimientos recientes desde 1989, pero tal juicio resulta insostenible por completo. En primer término parece cada día más evidente que ha sido el comunismo el que se ha autodestruido, sin excesiva colaboración por parte de la democracia, que se ha limitado tan sólo a contener su expansión. El tránsito del totalitarismo a la democracia se ha demostrado muchísimo más complicado de lo que se esperaba; además ha producido en muchos países, como consecuencia de la derrota del comunismo, tan sólo el inesperado renacimiento del nacionalismo. Cabe incluso preguntarse si los países del Este de Europa no habrán buscado más la civilización del consumo que la democracia. El caso de Rusia o de alguno de los países bálticos testimonia que la democracia es un régimen que no se adquiere de

«La Rusia actual es un país democrático pero eso no la deja de hacer partidaria de Serbia en los Balkanes, como Gorbachov tampoco dejó de apoyar de forma indirecta a Irak en el conflicto del Golfo.»



forma súbita, sino tras un aprendizaje muy complicado. Desde este punto de vista habría que enfocar la cuestión relativa a la polémica sobre el supuesto "fin de la Historia". Una cosa es que nos parezca insostenible en 1994 cualquier solución que no pase por la democracia y otra cosa que ésta se realice en la práctica a escala mundial. Desear la libertad y la paz universal es un buen deseo; esperarlas como inminentes puede ser una pretenciosidad, y darlas por supuestas constituye una necedad, como ya hemos podido comprobar.


La pretensión hegeliana de llegar al "fin de la Historia" se corresponde a un mundo ideológico que nada tiene que ver con el del pensamiento liberal sino que es ajeno a él. Lo que 1989 testimonia, a lo sumo, es no tanto el fin de la Historia sino su sentido: la Humanidad camina hacia mayores cotas de libertad y hacia una disminución de la brutalidad en las relaciones entre los países, pero lo hace de una forma tan lenta, con unos avances tan frágiles y tan susceptibles a ser contradichos, que, por ejemplo, pueden producir un Hitler o una situación semejante a la de Sarajevo. Se podría añadir que, aunque la difusión de la democracia aleja las posibilidades de una guerra, al mismo tiempo no hace desaparecer la conflictividad ni tampoco los intereses materiales. La Rusia actual es un país democrático pero eso no la deja de hacer partidaria de Serbia en los Balkanes, como Gorbachov tampoco dejó de apoyar de forma indirecta a Irak en el conflicto del Golfo. Sentadas esas bases debiéramos, a continuación, preguntarnos por las características de la conflictividad presente, tal como se ha podido apreciar en el mundo desde 1989, y las posibles soluciones de futuro en un sistema de relaciones internacionales nuevo. Respecto de la primera cuestión cabe adelantar que lo que hace difícil de interpretar la situación actual es que se trata a la vez de un panorama complicado por la resurrección de conflictos del pasado y por el nacimiento de otros nuevos. En cierta manera se podría, decir que a partir de 1989 hemos vuelto al

desorden de la preguerra fría. Lo que sucede en el Este de Europa reproduce, por ejemplo, en lo que respecta a la eclosión de los nacionalismos, la situación de la primera guerra mundial, aunque ahora no se dan las circunstancias para producir tal cataclismo. Otro fenómeno que resucita una situación conflictiva, aunque más inmediata, es la militarización de algunos países de desarrollo medio o subdesarrollados.


Con independencia de que adquieran o no el arma nuclear lo cierto es que son muchos los países que, sacrificando el nivel de vida de sus poblaciones, se han armado hasta límites inconcebibles con el resultado de que, además, esas armas han acabado por ser utilizadas como sin duda lo volverán a ser en un sistema de relaciones internacionales en el que predominen la inestabilidad y la carencia de reglas fijas. Como consecuencia del traslado a la periferia del conflicto democracia-comunismo (y también de los puros intereses comerciales) se ha permitido que países como la India o Irak, que tienen graves problemas de todo tipo, se conviertan en la reproducción en miniatura de lo que era la Unión Soviética, es decir, una potencia desarrollada tan sólo en lo militar. De los países que concentran la mayor parte del comercio de armas en el mundo menos desarrollado los más importantes son India (con el 16%) e Irak (con el 11%), el segundo, que disponía de entre cuatro y seis veces más tanques y aviones que Francia (que era uno de los proveedores), ya ha acabado utilizándolos. Por supuesto este caso sí es un testimonio de que la ausencia de libertad puede tener como resultado la agresión porque la disuasión no funciona en absoluto en un género de dictador como Saddam Hussein.

Pero lo decisivo en la nueva situación del mundo no es, en realidad, cuanto se viene indicando sino las fuerzas de base que convierten al mundo subdesarrollado en potencialmente explosivo. Se puede pensar que esos países se arman porque tienen un motor ideológico que les induce a hacerlo: ese sería, por ejemplo, el resultado del fundamentalismo islámico. Lo cierto es, sin embargo, que ese fenómeno se explica debido a otras razones. En cierta manera el fundamentalismo no es el resultado del vigor de la realidad de Mahoma sino de su debilidad que provoca una reacción frente a un proceso de modernización. A diferencia del cristianismo, por ejemplo, que no contiene en sus dogmas fundamentales principios vertebradores del orden político o de la vida cotidiana, más allá del campo estrictamente ético, el Corán los incorpora, de tal modo que puede interpretarse el fundamentalismo como una herencia del pasado y una barricada puesta al avance de un cambio social y cultural. No siempre ni en todos los casos ha sido así: el ejemplo de Turquía testimonia la posibilidad de una convivencia entre la fe del Islam y la modernización cultural; ese sería el mejor ejemplo al que podrían acudir los países islámicos de la antigua URSS. En cambio en muchas otras naciones la existencia de regímenes autoritarios (Irán) o sedicentemente revolucionarios (Argelia), que además estaban corrompidos, ha hecho posible el surgimiento de idearios integristas que

«El fundamentalismo no es el resultado del vigor de la realidad de Mahoma sino de su debilidad que provoca una reacción frente a un proceso de modernización.»



«En tan sólo la década de los ochenta la población del Planeta se ha visto incrementada en 850 millones de personas y es previsible que en el año 2050 lleguemos a los 10.000 millones de habitantes.»



resultan la negación de la modernidad y cuyo resultado es amenazador para la estabilidad mundial porque en ellos no puede funcionar la disuasión por muy obvia que sea la imposibilidad de su victoria.

Lo que potencia fenómenos como el del fundamentalismo es, sobre todo, la realidad del peso demográfico de esta porción del mundo. Un factor decisivo en la inestabilidad mundial que viene de lejos pero que ha sido potenciado en los últimos tiempos es, sin duda, la revolución demográfica, en especial en la África y el Medio Oriente en que el Islam, con su peculiar concepción del papel de la mujer, ha mantenido un crecimiento exponencial; en Asia, en cambio, en los últimos tiempos se ha detenido por razones en que el factor cultural resulta decisivo. De todos los modos el volumen de esa revolución demográfica es abrumador: en tan sólo la década de los ochenta la población del Planeta se ha visto incrementada en 850 millones de personas y es previsible que en el año 2050 lleguemos a los 10.000 millones de habitantes. Nunca la Humanidad ha crecido en términos económicos más que en el período posterior a 1945, pero esa evolución no ha tenido un efecto positivo como consecuencia del paralelo desarrollo demográfico. Una de las consecuencias es, desde luego, la emigración. Con que tan sólo uno de cada diez africanos situados en la frontera del sur de Europa trate de llegar a ella, atraído por un desarrollo que de momento no se produce en sus países se puede producir en el Viejo Continente una inmigración del orden de 30 a 50 millones de habitantes, equivalente a una sexta parte de la población de la Europa occidental actual. En otro tiempo la emigración se producía también como consecuencia de un impulso demográfico pero desde los países más desarrollados a los que no lo eran (el caso de Irlanda o Polonia respecto de los Estados Unidos). Ahora es exactamente al revés, lo que por otro lado no hace sino testimoniar hasta qué punto es imprescindible, incluso desde criterios estrictamente egoístas, producir el desarrollo allí donde éste no ha tenido lugar.

Ese es el factor decisivo de inestabilidad del mundo y de su carencia de paz verdadera, mientras que los otros pueden considerarse de mucha menor relevancia. Es cierto, por ejemplo, que el papel de Alemania en Europa y de Japón en Asia se modificará de manera irremediable. Eran las dos grandes potencias derrotadas en 1945 y se encontraban sometidas a una cierta tutela por los vencedores de la guerra mundial, la cual les impedía tener un papel militar y diplomático proporcional a su desarrollo económico (en realidad, gozaban de un margen de seguridad militar proporcionada por otros que contribuyó de forma decisiva a su prosperidad). Es muy posible, además, que las instituciones europeas deban modificarse en un futuro inmediato para acoger a los países del Este europeo porque no tiene ya sentido una Comunidad que había nacido, ante todo y sobre todo, como procedimiento de contención de la amenaza comunista. Pero todos estos cambios serán posibles, con mayor o menor rapidez, dependiendo de la imaginación y de la audacia de los

dirigentes políticos, pero sin concluir en un agravamiento de las tensiones mundiales.

El problema decisivo, sin embargo, no es ese sino el diseño de un nuevo sistema de relaciones mundial. Respecto de él será necesario empezar por recordar, como ha hecho Revel, que lo cierto es que no se ha meditado lo suficiente acerca de él desde una óptica democrática y que la situación resulta tan inédita que exige un esfuerzo suplementario para hacerlo. De momento lo que tenemos en el mundo de hoy es un panorama que en la práctica ha supuesto cambios importantes pero tampoco tan decisivos. Hay, como ha señalado Gaddis, elementos que favorecen la integración mundial (el desarrollo de las comunicaciones y la difusión de la civilización industrial), pero también otros (nacionalismos y fundamentalismos, por ejemplo) que favorecen la fragmentación y, por tanto, también la inestabilidad. En la práctica las relaciones internacionales se desenvuelven ya muy lejos de la bipolaridad del mundo de la posguerra, pero no menos del ideal de "gobierno mundial" que sigue siendo, a corto plazo, por desgracia, una utopía. Funciona un sistema multipolar en que la negociación, complicada y a veces dilatadora de cualquier tipo de solución, no excluye una componente unipolar, representada por los Estados Unidos. En el fondo lo decisivo ha sido que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas por vez primera funciona como estaba previsto en el momento de su creación, mientras que hasta ahora ha estado paralizado por la posibilidad de veto. Eso equivale a la existencia de una especie de Santa Alianza, como en la etapa posnapoleónica, con el inconveniente de que algunas de las principales potencias mundiales como Alemania y Japón perduran en su marginación, como antiguos derrotados en 1945.

En una situación como esa la unipolaridad norteamericana es, en realidad, un mal menor aunque sea deseable que algún día desaparezca. Es obvio que en la guerra del Golfo o en Somalia, con todos sus errores, los Estados Unidos han jugado un papel positivo y decisivo; es muy probable que si su intervención se hubiera producido en la antigua Yugoslavia, en vez de la contradictoria y titubeante de la Comunidad europea, el resultado hubiera sido mucho mejor. En definitiva, cuando se acusa a los Estados Unidos de ser el policía universal no parece tenerse en cuenta, como recordó el general Colin Powell, que cuando se necesita la presencia de un representante del orden público, todo el mundo desea su existencia aunque esté dispuesto a criticarlo en ausencia de conflicto. Lo que sucede, sin embargo, es que este gendarme ofrece problemas evidentes desde el momento actual y los seguirá teniendo en el futuro. En primer lugar, a menudo, llegado el momento decisivo, no puede llevar a cabo su misión con todas las consecuencias: la guerra del Golfo concluyó, por ejemplo, con una victoria táctica, pero una derrota estratégica porque el derrotado, a pesar de la magnitud de su desastre, te-

«En la práctica las relaciones internacionales se desenvuelven ya muy lejos de la bipolaridad del mundo de la posguerra, pero no menos del ideal de "gobierno mundial" que sigue siendo, a corto plazo, por desgracia, una utopía.»



nía apoyos en sus aliados y en la voluntad de los países del entorno de que la situación no se modificara de una manera tan radical. Pero, además, los propios Estados Unidos tienen sus problemas objetivos porque, policías del mundo, son, al mismo tiempo, deudores impenitentes de otros países con una situación económica más próspera. No son, en ese sentido, sólo los policías del orden mundial, sino también sus mercenarios. Pero, además, en la presente situación, no se puede decir que su tarea no sea gravosa. En el XIX bastaba el desplazamiento de una cañonera para someter a los países que toleraban mal un orden impuesto por la potencia hegemónica. En el inmediato pasado un país como Irak, cuya renta nacional es semejante a la de Portugal, ha obligado a la superpotencia mundial a desplazar el 70% de su aviación táctica y el 40% de sus tanques. Además, por si fuera poco el gendarme mundial sólo puede actuar a condición de que su éxito sea inmediato y que no imponga sacrificios al nivel de vida de su propio país. De lo contrario la posibilidad de acción se aleja por temor a sus consecuencias políticas.

En eso los Estados Unidos no son diferentes de los países europeos con el problema accesorio, en el caso de estos últimos, que éstos ni siquiera son capaces de ninguna decisión verdaderamente resolutive. Frente a quienes ven en la actualidad una especie de neoimperialismo occidental o norteamericano lo cierto es, más bien, que se está produciendo una marcada tendencia al repliegue en uno y otro. Para los países democráticos no sólo la guerra resulta inconcebible sino que ni siquiera llegan a juzgar, de manera espontánea, que puedan existir razones por las que resulta mejor utilizar la fuerza, ocasional y justificadamente, que arriesgarse a no hacerlo. En definitiva, esos países parecen querer el Derecho y la Ley internacional sin el uso de la fuerza, y lo que han tenido (en Yugoslavia, por ejemplo) es la Fuerza sin derecho y sin ley. Los medios de comunicación les obligan a tomar en consideración una situación como la de Sarajevo porque sería demasiado cínico mirar hacia otro lado. Pero el egoísmo de sus propios ciudadanos les suele inducir a la pasividad o al ejercicio puramente verbal o retórico de la condenación de los agresores. En otros tiempos las grandes potencias mundiales intervenían para imponer su orden; ahora se atrincheran en la indiferencia y en el egoísmo. En teoría la difusión de unos principios comunes para toda la Humanidad, consecuencia de la victoria de la democracia, debieran servir para el logro de un nuevo orden mundial. Pero eso es mucho más teórico que real el principio de la libre decisión de los pueblos sobre su destino vale para los palestinos, pero no para los kurdos, que tampoco están tan distantes, y, si no se permitió que Irak ocupara Kuwait, en cambio se tolera la ocupación, sólo algo más solapada, del Líbano por parte de Siria.

En definitiva, el nuevo orden mundial de momento no hace más que plantear como exigencia remota ese "gobierno mundial" idealizado por Kant. Es posible incluso que resulte una exigencia inevitable a estas alturas. Pero su

«El nuevo orden mundial de momento no hace más que plantear como exigencia remota ese "gobierno mundial" idealizado por Kant. Es posible incluso que resulte una exigencia inevitable a estas alturas.»



advenimiento está todavía lejano y ello mismo debe hacer pensar en la necesidad de la defensa propia y en la colaboración en las tareas impuestas o simplemente sugeridas por las organizaciones internacionales. Si el cambio de 1989 ha sido todo lo positivo que se pensó, sin embargo, no se puede pretender que la paz universal haya llegado, como no pocos dieron por descontado. Para construirla será necesaria la fuerza de los principios, pero también puede llegar a ser imprescindible la de las armas.

Lecturas recomendadas:

- John Lewis GADDIS: *"The United States and the end of the cold war. Implications, Reconsiderations, Provocations"*, Oxford, University Press, 1992.
- Paul KENNEDY: *"Hacia el siglo XXI"*, Barcelona, Plaza y Janes, 1992.
- LAYNE, JERVIS, HUNTINGTON: *"Primacy and its discontents"*, en *"International security"*, spring 1993.
- Pierre LELLOUCHE: *"La nouveau monde. De l'ordre de Yalta au désordre des nations"*, París, Grasset, 1992.
- Jean François REVEL y Pierre HASSNER: *"Qué faire?"*, en *"Commentaire"*, n.º 61, 1993.